

LO QUE ES EL EJERCITO.

(DISCURSO DEL AUTOR)

Estas conferencias han sido motivo de satisfacción para el Gobierno. Todas las armas y servicios han tenido un representante en su tribuna.

Como en arco triunfal de entrada, un orador brillante pronuncia el discurso inaugural; y después, en marcha y el marcial desfile.

La Infantería, la que no tiene que escogitar terreno para combatir; la que se aventura en el profundo subterráneo, para alumbrarlo con sus fuegos en el encuentro sombrío; la que perseverante, defiende la muralla; la que ataca y muere sobre la brecha; la que bajo el golpe de los proyectiles enemigos, escala el muro, la que pelea en mar y tierra, en la montaña y en el valle; la principal arma del Ejército; la que es protoplasma donde viven y alientan las otras armas; la infantería, tuvo su intérprete, que nos habló en general de ella, y expuso sus personales opiniones sobre la indumentaria y el tiro.

Puntos interesantísimos, de que se ocupa con empeño y atención la Secretaría de Guerra: *la indumentaria*, que envuelve lo relativo á la higiene en

las diarias funciones, mayor desahogo en las marchas y facilidad de acción de cada combatiente; *el tiro*, cuyo ejercicio y perfeccionamiento significa en el arma de que se trata, dotada con su potente fusil moderno de alcance asombroso, el principal poderoso agente de sus triunfos . . . !

Alguien ha dicho con verdad, que las condiciones indispensables del soldado de infantería, son: *saber marchar con rapidez y desahogo*, en lo que interviene la indumentaria; *y sobre todo, saber tirar*.

La marcha en las previas operaciones estratégicas; *la marcha* en las maniobras tácticas, y luego las filas se conmueven, y *al paso veloz* toman formaciones de combate: el enemigo está al frente; las bandas lanzan á los aires el electrizador *paso de ataque*, y suenan los mortíferos fuegos de la fusilería, segando vidas, y el *paso de ataque*, que no cesa de oírse, tonante, enfurecido, obliga, impele tiránico á marchar, á avanzar, á hacer fuego, á embrazar al fin el arma, y á *paso de carga*, hollando cuerpos sangrientos, arrastra hasta abordar al enemigo á la bayoneta . . . !

¡Rugen las olas que se encuentran!

Pero *la marcha, el fuego*: he allí el desideratum de las victorias en la Infantería.

La Caballería, la que valiente explora y da seguridad á los ejércitos; la que lanza adelante sus débiles patrullas, por montes y veredas intrincadas en la negrura de la noche; la que, tras ellas, arroja á vanguardia Escuadrones para sorprender y estorbar á los contrarios en sus operaciones de movilización, y en las marchas parciales que tienen de

ejecutar para concentrarse antes de embestir; la que dislocada corre al galope por campos y por serranías á buscar al enemigo; la arma plástica, que toma todos los contornos que afectan en sus marchas y formaciones las tropas contrarias que avanzan; la que audaz va de cerca y por los vácíos que dejan, á atisbarlas para darse y dar cuenta de sus efectivos y de su situación; la atrevida, que corre á tentarles el corazón para saber si medrozas ó con bravura avanzan; la inteligente, que por lo que mira y siente, prevé los designios del contrario, para prevenir y dar avisos oportunos al General Jefe del Ejército, de lo que mira, de lo que siente, de lo que toca y de lo que conjetura; la que al enfrentarse los opuestos bandos, se dispone, arma de asalto y de combate, como ha sido preciso convenir que sea, después de vacilaciones que motivaron á mediados del siglo anterior, la infeliz vergonzosa decadencia de la ciencia y del arte que renacen; se dispone, arma de asalto y de combate, repito, para efectuar su tempestuoso encuentro, á donde tiene de llevar todos sus entusiasmos y energías, todo lo que de divino hay en la aspiración inmensa de la gloria; porque la prueba es terrible, es grandiosa. Son dos huracanes que se chocan, ó es el alud que se desprende espantable, sobre infantería y cañones que con su fuego derraman por doquier la muerte.

¡Ay de la caballería que en la carga vacile!

Los instantes, son combatientes que á centenares caen bajo la onda de acero que á los aires lanza el fuego del fusil y del cañón. ¡No hay que volverse á verlos; el ojo avisor al frente, y que corra, que ardiente corra el caballo volador!

¡Al enemigo, al enemigo, á la destrucción, al abismo, á la gloria . . . !

¡Qué hermosos, qué inmensos sacrificios tiene que consumir la caballería en el triunfo ó en la derrota, en la que se le pide, á trueque de quedar deshecha, que proteja con su masa, ya sangrienta, la retirada de las otras armas, exigiéndole que el último dragón, al menos, corra á dar aviso del postre desastre!

¡Ah! no en vano el General Foy, cuando apenas terminaban los heroicos tiempos napoleónicos, con entusiasmo y divino asombro, decía: para mandar ese huracán que se llama Caballería, hay que ser sobre el bruto un centauro; tener el valor del león, la mirada del águila, la voz del trueno y la decisión del rayo.

Dos oradores, en las conferencias hablaron respecto de esa arma: el primero, reseñando á grandes, vigorosos rasgos, su alteza, su caída y renacimiento en el pasado siglo; y el segundo, pintando en lo principal, su activo servicio de vanguardia, recordando al efecto estudios referentes del Teniente Coronel Cherfils.

La Caballería, por los servicios á que tiene que entregarse, por los supremos esfuerzos que se le exigen, más grandes mientras más el fusil y el cañón mejoren, demanda tener gran instrucción, firmísima disciplina, á fin de ser expedita é inteligente en sus funciones estratégicas; relámpago en la maniobra, estrepitosa y brillante, ciego torrente de la lava de un volcán.

La Artillería, la portentosa, la que en su estado de relativo atraso, desde la época de Napoleón,

por la dirección de su genio llegó á dar su tonante voz de mando á la victoria misma; la que corre con la caballería á los encuentros de vanguardia: la que, combinando los fuegos de sus baterías escalonadas, auxilia, anima, empuja al grueso formidable de las tropas, al supremo, al triunfal avance; la que, en imponente masa, ó aunando su acción bajo un solo mando, arroja en sucesión furiosa, sus olas de muerte, avalanchas de acero mugidoras que arrasan el lugar sobre que se ha decretado con sentencia inapelable el exterminio; la que usando de la trayectoria curva ó tendida de sus proyectiles, bate en campo descubierto, ó busca por la caída de ellos, á los que se amparan tras las defensas del arte ó de la naturaleza; la que, debido al adelanto de la química para sus pólvoras, de la industria para sus aceros de diamante y sus construcciones mecánicas, ha llegado á transformar su cañón, poniendo la ciencia á su servicio, en instrumento precioso, de precisión aterradora en la puntería. de asombroso alcance, de vertiginosa rapidez de tiro, y de potencia tal que en tierra pulveriza la fortificación montañá, para barrer sin piedad á sus defensores, y en la mar desbarata é incendia al buque acorazado.

La que en la Marina, por medio de potentes mecanismos, mueve y dirige, al esfuerzo de un solo hombre, monstruos que lanzan toneladas de acero por instantes, y á la que, en el campo de batalla, se le demanda, bajo pena de muerte, ser instantánea en la maniobra; pues si un minuto la artillería contraria se le aventaja, colocándose en batería, sin remedio quedará despedazada.

Esa arma terrible, pero la que, so pena de derrota, debe en los tiempos actuales, ser tan cientí-

fica como táctica, tan técnica como maniobrera; esa arma, tuvo en las conferencias dos representantes: uno tan profundo como brillante, al exponer magistralmente el estado de la artillería moderna, y otro que se levantó á la altura de su misión, presentando una sinopsis, en que reseñó con apropiado fácil lenguaje, la historia de un siglo de la compleja arma: breve síntesis de los cien años en que ha efectuado su gigante evolución, esa trágica, que con sus pulmones formidables, da en las grandes batallas el atronador alarido de guerra, y canta, con estrofas de lumbre, los períodos en que siega vidas enemigas sobre el pavoroso campo de la muerte.

El Estado Mayor, el que necesita imperiosamente para organizarse, Oficiales ágiles, vigorosos, inteligentes é instruídos; Oficiales que hayan distinguiéndose desde las aulas, por la rapidez de comprensión, por la fácil asimilación de múltiples conceptos; que hayan practicado con provecho manifiesto en las armas tácticas, á fin de que las conozcan á fondo, ya que tienen que dirigir las; que realicen los trabajos de topografía, de itinerarios, con presteza y precisión, puesto que le servirán de antecedente para guiar las tropas; que sean ginetes notables para salvar veloces las dificultades del terreno, atletas para resistir las fatigas que exige un servicio de cuyos incidentes depende en un instante dado, la salvación de un Ejército, de una causa, de una nación; el Estado Mayor, el que requiere que los miembros que lo forman, tengan ante todo la caliente sangre del guerrero, cuya ola ardorosa, al subir quemando el cerebro, produce la chispa inspiradora en los trances críticos y siempre la decisión á muerte en los peligros.